Filosofía

La reforma educativa y el uso de antologías

Por Rubén Bonifaz Nuño

Según afirmaba un filósofo antiguo, aquel que pretenda ser buen zapatero debe, antes que nada, saber qué cosa es un zapato y cuál es la utilidad que un zapato ha de tener. Es decir, que está obligado a comprender claramente los objetivos que persigue, antes de estar en posibilidad de iniciar el trabajo con que se propone alcanzarlos. Y lo que se afirma del zapatero se puede extender a todo el que aspira a cumplir honestamente la función que le corresponde como individuo y como parte de una sociedad.

La Universidad se enfrenta en la actualidad a graves problemas, de todos conocidos. Las viejas estructuras se vuelven ineficaces, y se hace necesario alterarlas para que se adapten con mayor exactitud a los requerimientos que el tiempo les impone. Pero antes de efectuar las innovaciones conducentes, la Universidad ha de preguntarse, y ha de responderse, cuál será la utilidad del universitario, cuál es la función que le corresponderá desempeñar. Y una vez que haya establecido claramente cuál es esa utilidad y cómo podrá desempeñarse esa función, estará en condiciones de desarrollar cabal y armónicamente los esfuerzos que la deben conducir a la realización de sus fines.

Los fines de la Universidad, en términos muy generales, se encuentran definidos legalmente, y son la impartición de educación superior, la organización y la realización de investigaciones, y la difusión creciente de los beneficios de la cultura. Si bien se mira, los tres no son sino rostros diferentes de una sola exigencia: la integración de la unidad espiritual del hombre para conseguir su capacidad de realizarse en sí mismo y de servir a la sociedad a que pertenece.

Ahora bien: pareciera que nuestro tiempo impone a la Universidad, a fin de que pueda llegar a cumplir esa exigencia, condiciones que hasta hace poco eran prescindibles. La necesidad social de nuevos tipos de servicios, la decadencia del prestigio de ciertas ocupaciones consideradas medulares ya casi en nuestros días, va obligando a la reflexión cuidadosa sobre lo que debe ser idealmente un universitario dotado con la capacidad ulterior de realizarse plenamente en la práctica. Lo más lógico es, entonces, enfocar el problema en el primero de sus grados, y preguntarse lo que debe ser un estudiante universitario: qué es lo que ha de saber, qué es lo que ha de estar en aptitud de hacer, en qué momento y en qué lugar debe empezar a ser útil.

El rector Pablo González Casanova, hablando de la reforma académica de la Universidad, ha dicho que tal reforma implica la necesidad de dotar a los estudiantes de una cultura común en ciencias y humanidades, la cual, independientemente de las profesiones a que se dediquen, los capacite para comprender los problemas de la naturaleza y la sociedad, y para profundizar en su conocimiento.

La fundación del Colegio de Ciencias y Humanidades, abierto al aprendizaje de materias básicas, de interés común, como son las matemáticas, el lenguaje, la historia, la biología, la física, tiende a hacer posible a los estudiantes la adquisición de ese tipo de cultura.

Con este tema se relaciona especialmente lo que voy a tratar, y con determinados desarrollos del esfuerzo editorial de la Universidad.

Precisamente para proporcionar elementos auxiliares de la enseñanza y el aprendizaje, y para reforzar y hacer más accesibles y más útiles los ya existentes, la Universidad decidió publicar una serie de antologías que ilustran los aspectos principales de las materias que considera básicas de la formación intelectual y profesional de los estudiantes, y encomendó su realización a un conjunto de sus profesores e investigadores distinguidos. Hasta la fecha se han publicado ya —y se venden a precio mínimo— más de una docena de ellas, y se tienen muchas más en vías de realización.

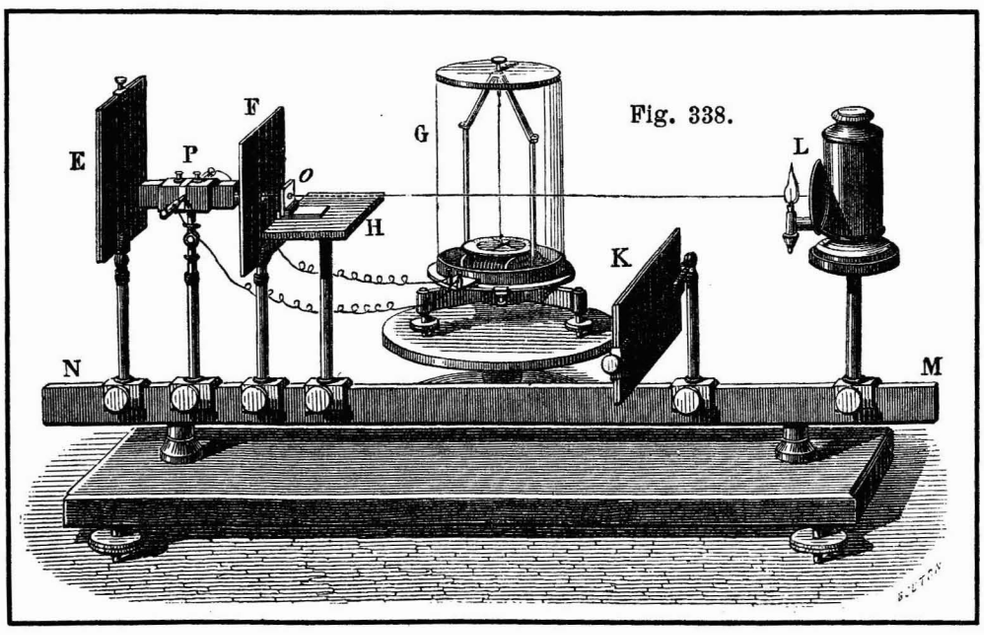

Fig. 338.

La función general de una antología es, por definición, jugar como una suerte de puerta de entrada a la lectura, y, por medio de ella, al conocimiento de más vastas visiones culturales. Estas antologías a que me refiero tienen, además, la pretensión de estar formadas por trozos elegidos en atención a las necesidades concretas del aprendizaje señaladas por un programa de estudios. Así pues, a través de ellas crecerán las enseñanzas que previamente hayan fijado los programas pedagógicos; además, los textos seleccionados, corroborando la enseñanza sistemática que hayan proporcionado las lecciones del profesor, incitarán al estudiante al conocimiento directo de los temas mediante la lectura completa de los autores que los tratan, y le darán una idea clara de la significación, la evolución y el estado actual de la materia correspondiente.

No se puede olvidar quiénes son los destinatarios de las antologías: son los jóvenes de ahora, con sus necesidades de orientación cultural y humana, con sus búsquedas de formas de existencia nuevas, distintas de las que han recibido de las generaciones precedentes, cuyos valores no encuentran ya satisfactorios.

Acaso el aprendizaje por lectura directa de textos los ayude a resolver sus ingentes problemas. Con ese fin, se han planeado antologías que reúnan conocimientos fundamentales para los ciclos y las materias. Se han integrado en ellas textos cuyo valor es vigente, a causa de su inevitable referencia al esfuerzo humano, constante en todos los tiempos, y por lo tanto iluminador y donador de una doctrina educativa que puede conducir a la plena integración de la persona. Esta, que es la meta indiscutible de la educación, no es actualmente, por lo general, cumplida en el grado deseable y necesario.

Las antologías, pues, tratan de ser no sólo complemento de la enseñanza sino, principalmente, punto de partida del aprendizaje. El estudiante será ayudado a dar a luz su verdad interior, poco a poco irá siendo armado con los instrumentos adecuados para alcanzar su autoformación. Porque la autoformación del joven universitario es una de las finalidades intrínsecas de las antologías, y se considera que pueden auspiciarla gracias al placer comunicado por el trato directo con los autores y su influencia permanente, destinada ésta a prolongarse a todo lo largo de la vida de quien haya tenido la fortuna de aproximarse esencialmente a ellos. Se trata, así, de dar al estudiante interés concreto en una cultura aplicable a casos precisos en diferentes campos, que lo faculte, incluso, para aprender aquello que el maestro no sea suficiente a enseñarle.

De tal suerte, el conocimiento impartido y asimilado deberá quedar en contacto con

la realidad. El conocimiento es más deseable en cuanto es mayormente susceptible de ser utilizado. Los tres momentos, uno en el fondo, del aprendizaje: entender, memorizar y usar, aproximan el concepto de la cultura, la adquisición de la cual constituye término inagotable de la enseñanza.

Planeadas, pues, dentro de los sobredichos lineamientos, las antologías son también ejemplares, porque permiten comprender, paralelamente, los procesos de la investigación y de la creación, no por medio de exposiciones téoricas, sino mediante la aproximación a los ejemplos vivientes de los autores. Tanto en ciencia como en historia o en literatura, las lecturas se han escogido de modo que puedan mostrar los diferentes caminos seguidos por los mayores espíritus para conseguir sus verdades, y la manera en que las establecieron y las aplicaron. Cada antología pone al alcance del lector los textos que explican el fundamento de los temas particulares, y le abre con ello los caminos hacia conocimientos más elevados y profundos.

La frustración en la adquisición de la cultura es, ciertamente, mucho peor que el abandono de los estudios iniciados. Las antologías pretenden ser una barrera que auxilie a cerrar el paso a tal frustración. Desde el punto de vista pedagógico, se aspira a que, a través de su empleo, el alumno aprenda a ser culto. Esto es, a que adquiera nociones y normas que lo enriquezcan en su persona, que le sean indispensables para el crecimiento de su espíritu.

No es desdeñable, tampoco, el hecho de que las antologías puedan constituir un estímulo para el hábito de la lectura. Y que cooperen a convertirla en una búsqueda de contenidos de mayor alcance. Quien lee de esta manera, adquiere capacidad reflexiva sobre las cuestiones teóricas y asimismo sobre las situaciones prácticas ordenadas a la comunicación y a la convivencia. Además los instrumentos que rinde la habilidad adquirida para encontrar contenidos en la lectura, son aplicables en todos los territorios culturales, incluso aquellos que aparentemente no tienen relación con el que se estudia concretamente en un caso dado.

En cuanto al maestro toca, el uso de las antologías en la enseñanza lo llevará a modificar la habitual disposición hacia el alumno, y lo inclinará a fomentar la actitud positiva de éste frente al umbral del conocimiento.

Estas antologías se han usado ya como auxiliares en la realización de la metodología de los planteles del Colegio de Ciencias y Humanidades, consistente, significativamente, en enseñar a aprender; en motivar al alumno para el aprendizaje no por la predicación o la demostración de su importancia, sino por el manejo de sus instrumentos reales y concretos. Dicho en otras palabras: en enseñarle al alumno a que él mismo se cree la habilidad de aprender, y, por lo tanto, de hacer suya la cultura. El método es práctico: a través de un campo limitado, intenta llevar a panoramas culturales más amplios.

Por último, cabe aclarar que este esfuerzo editorial de la Universidad para colaborar con las nuevas tendencias de la educación, se complementa con sus demás esfuerzos editoriales anteriores y contemporáneos; así, las antologías han venido a dar vigencia mayor, al hacer evidente su utilidad, a colecciones planeadas para los estudiantes, tales como la Biblioteca del Estudiante Universitario, la Colección Nuestros Clásicos, y a otras hechas con distinto tipo de ambición, como son la Biblioteca Mexicana de Escritores Griegos y Latinos o la Colección de Problemas Científicos y Filosóficos.

De esta manera, por medio de la edición de las antologías, las publicaciones universitarias se unifican en su función, y forman un conjunto de instrumentos culturales que abarcan las humanidades y las ciencias; al hacerse comprensibles a los estudiantes, se vuelven más aptas para ayudarlos a realizar esa cultura capaz de darles el conocimiento de los problemas naturales y los de la sociedad, cultura con la cual la Universidad piensa que deben ser dotados.

Armado con esas armas, el universitario, en el momento señalado, tendrá la potestad de utilizarlas para su propia felicidad y para la defensa y el beneficio de sus semejantes.

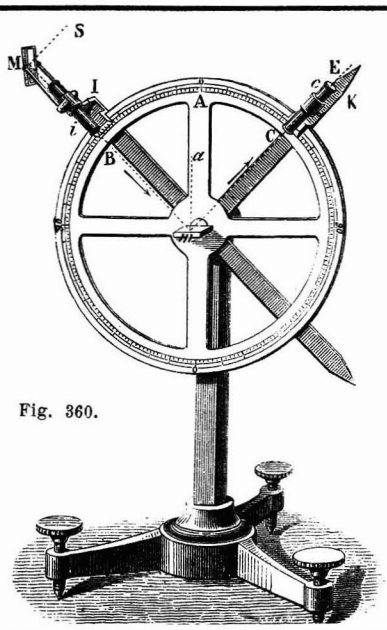

Fig. 360.

Libros

¿Una nueva novela de aventuras?

Por Humberto Guzmán

Lo primero que se ve, al abrir este libro,* son dos epígrafes. Uno de Jean-Paul Sartre (*Action*): "El hombre no *es*, sino que se *hace*.", y otro de Homero (*Odisea*): ". . . de muchos pueblos vio las ciudades, el espíritu conoció; muchos dolores, él, por la gran mar padeció en su ánimo, haciendo para cobrar su coraje y para el retorno de los hombres que llevaba. . ."

En base a esto puede el lector suponer que la novela será lo que la fajilla que lleva dice: una novela de aventuras. Pero, ¿por qué no detenernos un poco en el término "aventura"? Una aventura es, de acuerdo con cualquier diccionario de lengua española, un "suceso o lance extraño: casualidad; riesgo, peligro. . ."

Ahora bien, tomando en consideración lo acontecido a lo largo de esta novela me parece un tanto inexacto el título de "novela de aventuras". Me refiero solamente al sentido, o más bien al significado de la palabra. Porque, en última instancia, en todas las novelas que se precien de este nombre, ocurre algo, algo extraordinario con respecto a las demás cosas. Es fácilmente comprobable lo dicho, ya que un lector se detiene en lo que el escritor le señala con palabras.

Cualquier nimiedad, entonces, es importante: es aventura.

Conclusión: todas las novelas del mundo son de aventuras.

Aunque reconozco que no tengo derecho a detenerme, cuando menos aquí, sí en cambio, es necesario señalarlo.

En contraposición con la aventura (grande aventura) de los verdaderos argonautas que fueron, como se sabe, quienes salieron a conquistar el famoso vellocino de oro, estos argonautas de la novela de Porcel sólo se conforman con una aventura de tipo menor.

Trataré de ser más claro.

Para los argonautas de la leyenda homérica significa la búsqueda del vellocino de oro, un sentido, un fin, una justificación de existencia. Esto me recuerda la misión del capitán Ahab (y finalmente también de su tripulación) en la extraordinaria obra de Herman Melville: *Moby Dick*. Mientras que en la novela en cuestión, la entrega de la mercancía significa, en mi opinión, solamente un *logro*. De esos que a veces les decimos: un escaloncito a la meta.

Eso como una falla, como la falla primordial de la novela. Para denominarlo de